

## JERONIMO ANEL “EL CHURRO”

Jerónimo el sacristán, cara redonda y barba cerrada, canturreaba mecánicamente en la Iglesia el “Dies irae, el credo, los Kyries en las funciones religiosas o por las calles los responsos en los entierros.

En los entierros iban el cura y el sacristán delante del ataúd y de cuando en cuando se paraban en el trayecto de la casa mortuoria a la iglesia para cantar un responso.

Jerónimo contestaba al sacerdote, de capa pluvial, casi atropellando el canto de éste con el automatismo rutinario del oficio.

También ejercía de alguacil cumpliendo los mandatos del municipio, entre ellos los de pregonero y que también servían sus mensajes con toque de bocina para anunciar ventas de artículos diversos en la plaza y si el sonido era de redoble de tambor comunicaba que había llegado el comprador de azafrán.

Otro oficio de Jerónimo era el de matarife, de madrugada y casi siempre en un día de mucho frío, llegaba a la casa “El Churro”. Llevaba en una caja un juego de hermosos cuchillos de afilado corte y de diferentes tamaños cazos para pelar, chaina para afilar la herramienta, piedra para lavar al cerdo (no se si sería de pómez), creo que se trababa de alguna piedra especial que se buscaban en el río y una pequeña hacha. También el banco de madera donde se sacrificaba al animal.

Tras alguna pasta o magdalena, una “copica” de anís seco de la destilería del “tío sesenta” que calentaba el cuerpo y levantaba las piedras daba comienzo la matanza.

Se abrían las puertas del corral y la de la pocilga y el cerdo salía al “sereno” o a la calle, frecuentemente en la puerta de la casa es donde se degollaba al animal, que aparecía ignorante de lo que iba a ocurrir. El tío Churro se aproximaba al animal y con un hábil movimiento lo enganchaba de la quijada inferior con el terrible gancho. En un santiamén, el animal era izado sobre el banco de madera y entre varios ayudantes quedaba inmovilizado.

El afilado cuchillo de matar se hundía en la yugular del cerdo y la sangre brotaba impetuosa, cayendo sobre un barreño colocado en el suelo. Entretanto una mondonguera, con el brazo desnudo por encima del codo, removía el líquido hábilmente para evitar su coagulación, operación necesaria para poder hacer luego las morcillas. Cuando los agudos chillidos del cerdo se tornaban en ronquidos sordos sabía que el animal había pasado a mejor vida, inmediatamente después comenzaba por arrancarle los pelos más largos que posteriormente el “tío churro” vendería a algún fabricante de brochas, a continuación con grandes aliagas encendidas procedía a “socarrar” cuidadosamente al cerdo.

El siguiente paso sería el descuartizado o troceado con lo cual daba por terminada su faena profesional.

Cuando Jerónimo no estaba en todos indicados menesteres trabajaba su hacienda, todo era necesario para mantener a su numerosa prole.

También sacaba tiempo para jugar su guiñote y “subastao” en el café del pueblo.

Persona de carácter abierto, trato comercial con todos y apreciado por el vecindario de JOSA.

Con mi recuerdo a Jerónimo un abrazo para su descendencia y muy especial para José que era compañero de juegos y colegio en mi niñez y Jesús compañero de trabajo muchos años.